

El testimonio es, ante todo, «ser»

«Y serán mis testigos». Hechos 1: 8, RVC

Mi mujer y yo estábamos pagando la compra en un supermercado, cuando la cajera nos hizo la siguiente pregunta: «¿Son ustedes cristianos?».

¿Qué tenía que ver esta pregunta con lo que estábamos haciendo en ese momento?

¿Qué hizo que esta mujer nos hiciera esta pregunta?

¿Había algo que nos diferenciaba de los demás en esa tienda?

Al pensar en esta experiencia que tuvimos, me doy cuenta de que lo que somos habla más fuerte que lo que decimos.

«Evangelizar» es «dar testimonio». Jesús dijo a sus discípulos: «Y serán mis testigos» (Hech. 1: 8, RVC). Y hacemos bien en poner en práctica esta recomendación. Sabemos que, por lo general, ser testigo es hablar, decir, contar lo que hemos visto u oído. También decimos que, para poder dar testimonio, necesitamos estar en contacto con Jesús, tener una relación profunda con él. Al menos, debemos haberlo conocido, de lo contrario nuestro testimonio estará contaminado de falsedad. Pero el testimonio más poderoso no es el de la palabra. Es vivir como Jesús.

Al venir a vivir entre nosotros, Jesús nos dio claramente un ejemplo de testimonio. Había venido a representar a Dios en la tierra. Nos mostró quién es Dios y cómo quiso, por amor, salvar a la humanidad perdida.

Un día Felipe le dijo justo antes de su muerte: «Señor, muéstranos al Padre. Con eso nos basta» (Juan 14: 8). Entonces Jesús le respondió: «Hace ya tanto tiempo que estoy con ustedes, y tú, Felipe, no me has conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14: 9, RVC). Con su vida, su forma de ser, y su actitud ante las pruebas y tribulaciones de la vida, Jesús daba testimonio y decía, incluso sin abrir la boca, quién es el Padre. No fueron solo las palabras de Jesús las que tuvieron efecto en la gente que le seguía, sino también sus actos de amabilidad y bondad.

Haciendo el bien a su alrededor, Jesús atrajo a la gente hacia sí y les mostró el amor del Padre. Así se entiende mejor que su predicación fuera totalmente diferente a la de los religiosos de su tiempo. Se colocó como autoridad en el tema, para que Dios pudiera ser glorificado plenamente a través de su testimonio.

Amigos, aunque tengamos que decir las razones de nuestra fe, no olvidemos nunca que nuestra forma de vivir habla más fuerte que nuestras palabras. Debe ser un perfume fragante para los demás. Seamos, pues, testigos no solo de palabra, sino también de obra.

Pr. Rony Seize,
responsable de Ministerios de la Familia,
Asociación de Iglesias Adventistas
de Martinica.